



PORQUE ME NIEGO A IR A LOS ESTADOS UNIDOS

JEAN PAUL SARTRE

Se trata de saber si, sí o no, vamos a caer en la trampa más fabulosa que hayan inventado las propagandas.

¿Qué dicen los norteamericanos? Que intensifican la guerra en Vietnam, que bombardean el Norte, que utilizan gas en el Sur, para hacer posible una negociación. En su enormidad, es bastante impresionante.

Porque, reflexionando, ¿qué significa esto? Siempre se hace la guerra para lograr la paz, evidentemente. Una paz. Aquella que se elige. Una negociación. Aquella que se desea imponer. Porque el problema consiste en saber si se busca una solución que se supone aceptable para el adversario o si se quiere destruir a ese adversario para que sus sucesores acepten una negociación que sea una capitulación. El gobierno de Washington declara: esperemos un signo de buena voluntad del Vietnam Norte. Hay que traducirlo: esperemos que el Vietnam Norte se declare vencido, nos suplique el cese de los bombarderos, y prometa no ayudar más al Vietcong.

Es síntesis significa que los norteamericanos son partidarios de la extensión de la guerra. Es necesario comprenderlo. Es urgente. Después de haberlo comprendido hay que extraer conclusiones. Es lo que he hecho.

UN AVISPERO

Sin lugar a dudas, hay norteamericanos que lo comprenden, que condenan esta política y que manifiestan contra ella. Son ellos los que me reprochan haber anulado las conferencias que debía pronunciar el mes próximo en Estados Unidos. Fui invitado hace un año por la Universidad de Cornell, del Estado de Nueva York. Una de las universidades más antiguas, más serias también de Estados Unidos. Me hubiera encontrado con muchos amigos.

Fueron los profesores de Cornell quienes enviaron recientemente al presidente Johnson una carta abierta donde denunciaban su política en Vietnam y quienes organizaron una marcha de protesta en la pequeña ciudad vecina de Ithaca.

Acepté la invitación. En primer lugar por la calidad de esa universidad. Además, porque comprobé el desarrollo, en Estados Unidos, de una minoría activa, simpática, que participaba al lado de los negros en la lucha contra las discriminaciones raciales. En Cornell, me hubiera sentido perfectamente a gusto.

En ese momento, los norteamericanos ya hacían la guerra en Vietnam, es cierto. Pero esa guerra no tenía aun el carácter que adquirió desde hace un mes. Cuando Estados Unidos decidió apoyar el Gobierno Diem, en 1954, después de la derrota de los franceses, era sin duda para asegurarse posiciones estratégicas en el Lejano Oriente. Pero se puede decir que en ese momento, se introdujeron en un avispero en lugar de hacerse cómplices de una dictadura. Y además cayeron en la trampa. La situación se deterioró, año a año, y se encontraron cada vez más acorralados. Hasta se hubiera podido simpatizar con ellos si se les hubiera visto intentar salir de ese avispero y buscar soluciones sobre las cuales un gobierno sud-vietnamita elegido democráticamente pudiera haber estado de acuerdo.

UN SALTO CUALITATIVO

En lugar de eso, cuando se hizo evidente que los sobresaltos de dictadura correspondían sólo a rivalidades entre los miembros de una pandilla corrompida y que el régimen era detestado por todo el pueblo vietnamita, se negaron a sacar las consecuencias lógicas y eligieron lo que llamaría una actitud de "diversión". Mantenidos en jaque por el Vietcong en el Sur, dirigieron sus golpes contra un país vecino.

Militarmente, no tiene ningún sentido porque no puede permitirles lograr la victoria en el Sur. El propio comando americano estima que sólo un 10 a 20% de las armas y municiones del Vietcong del Vietnam del Norte. Aun si se supone que pueda levantarse una barrera infranqueable entre el Norte y el Sur, la combatividad del Vietcong no se vería seriamente disminuida. Implicaría simplemente para éste un cambio de táctica y la intensificación de esfuerzos para procurarse armas ahí donde ya adquiere muchas: en las unidades del ejército gubernamental sud-vietnamita.

Políticamente, la agresión contra el Norte es una ignominia que modifica el propio carácter de la guerra.

Es una diferencia cuantitativa. Las operaciones se han extendido a otros blancos, con otros medios, pero el objetivo sigue siendo el mismo.

—Precisamente no. A partir de cierto punto, como se sabe, la cantidad se transforma en calidad. Los bombardeos del Norte han dado un nuevo aspecto a la guerra que los norteamericanos sostienen. Representan un salto cualitativo irreversible en la medida en la cual ponen brutalmente en evidencia el hecho de que las estructuras de la sociedad norteamericana reposan sobre el imperialismo.

Hasta ese momento, la situación en Vietnam tenía un aspecto política y moralmente positivo dado que el Vietcong estaba a punto de ganar y que la posición norteamericana se hacía cada vez más inestable. Era posible para un hombre en mi situación, visitar Estados Unidos porque había la impresión de que un período de reflujo imperialista se iniciaba y que los norteamericanos comenzaban a darse cuenta del absurdo de su política.

Los bombardeos cambiaron todo. A partir de ese momento, me di cuenta que los norteamericanos no habían comprendido nada y que no podía existir un lenguaje común entre ellos y nosotros. Me dicen: venga a discutir con nosotros. Pero no hay discusión posible si no se acepta el primer lugar — lo cual ni siquiera la mayoría de los hombres de izquierda norteamericanos están dispuestos a hacer— poner en tela de juicio el conjunto de la política imperialista norteamericana, no sólo en el Vietnam sino también en América del Sur, en Corea, en todo el tercer mundo, y si no se admite que esta política sólo podrá cambiar con un trastocamiento completo de las estructuras de la sociedad norteamericana. Para un intelectual europeo solidario con el tercer mundo, es hoy en día

imposible solicitar al Departamento de Estado una visa para Estados Unidos. Si va, y diga lo que diga allí, la gente del tercer mundo lo condenará, porque no se visita al enemigo. La reacción de mis amigos cubanos es a este respecto significativo. Hace algunos meses, me decían: "Vaya a Estados Unidos, por supuesto, y hable de Cuba". Desde los bombardeos del Norte, me dicen todos: " ¿Qué tiene que hacer allí?"

No es el Departamento de Estado el que lo invita sino los intelectuales que integran esa "minoría activa" de la cual usted hablaba recién. Lo que hubiera podido decir allí hubiese sido reproducido por la prensa y hubiera tenido repercusión.

—¿A quién le hubiera hablado? Hubiera dado cinco conferencias en una universidad frente a un público de estudiantes y profesores. No habría existido un verdadero diálogo, porque hubieran estado, en general, de acuerdo conmigo. Hubiese asistido alguna gente de derecho, sin duda, que habría estado encantadora y diría —conoce el "fair play" norteamericano—: "Tiene todo el derecho a dar su opinión". Algunos periódicos hubieran publicado extractos de mis conferencias —diez líneas aquí, veinte allá— y eso hubiera sido todo. No hubiera habido ni siquiera una arruga en la superficie de la vida política norteamericana. En cambio, hubieran podido decir que Sartre, "Premio Nobel" entre comillas, vino a Estados Unidos a discutir con toda tranquilidad, entre gente que se respeta, la política norteamericana en Vietnam. Es lo que no quiero.

FAUKNER Y ARGELIA

Me gustaría hacer una comparación. Imaginemos que Faulkner, Premio Nobel sin comillas, hubiera sido invitado a dar conferencias en algunas universidades francesas en el momento culminante de la guerra de Argelia, en 1957, por ejemplo. Y supongamos que hubiera venido cuando Sakiet. Le pregunto: ¿qué importancia habría tenido su voz? Algunos periódicos hubieran publicado pasajes de lo que hubiese dicho, quizás atenuados, y la mayoría de la gente hubiera pensado, en la Francia apasionada de aquel entonces: "¿Por qué se mete ese extranjero? Si acepta venir al país, con qué derecho condena nuestra política. De todas maneras, los norteamericanos no pueden darnos lecciones, con sus colonias disimuladas como Puerto Rico..." Puede estar seguro de que la gente hubiera reaccionado de esa manera. La protesta de Faulkner hubiera sido desechada por anticipado. ¿Por qué? Porque al venir a Francia, hubiera aceptado el conjunto del sistema en el cual se inscribía la política francesa en Argelia.

Pero ahora es a los norteamericanos a quienes es necesario intentar abrirles los ojos sobre el Vietnam. Esa izquierda norteamericana tan embrionaria, que no tiene prácticamente tribuna en la prensa, usted la hubiera ayudado al prestarle, sobre el terreno, su voz.

—El problema no consiste en saber si la hubiera ayudado más o menos yendo allí. En verdad, no puedo ayudarla en nada. Porque su peso político, lamentablemente, es nulo. No es ella quien impondrá negociaciones. Como tampoco la izquierda francesa, que era mucho más fuerte, no obtuvo con sus presiones, la negociación en Argelia. El asunto se debatió entre tres bandos: De Gaulle, el ejército y el F.L.N., apoyado por la población argelina de las ciudades. Nosotros, manifestamos a menudo por las calles. Era nuestro deber porque éramos franceses. Sirvió para demostrar a los argelinos que por lo menos existía una minoría francesa que consideraba inicua esa guerra, pero reconocíamos que no obtuvimos resultados reales. Objetivamente, nuestra oposición no sirvió para nada.

UN EQUILIBRIO

En Estados Unidos también hay una oposición. Cada vez es más activa. Desde cierto punto de vista, cuanto hace en la lucha contra el racismo exige mucho más fuerza y coraje de los que fueron exigidos a los franceses en la lucha contra la guerra de Argelia, aun cuando ayudasen directamente al F.N.L. Ir al Sur para participar en una manifestación de negros, es arriesgar el linchamiento y la muerte. Dos estudiantes blancos del Norte fueron asesinados el verano pasado en Mississippi. Un pastor y una mujer joven también hace algunos días en Alabama. No obstante, hay cada vez más blancos dispuestos a correr ese riesgo. Ponen en ello un coraje asombroso.

Su acción no es sin duda vana en la medida en cuanto obligan a los norteamericanos a adquirir conciencia de la opresión racista que existe en su propio país. Cientos de negros han sido asesinados, en el Sur. Nunca provocó gran escándalo. Pero que una mujer blanca, que un pastor sea asesinado, es otra cosa. Recuerde que la gente fue muy sensible, en Francia, al testimonio de Henri Alleg, porque fue el primer francés del cual supimos con certeza que había sido torturado. La gente había llegado a admitir la tortura en los musulmanes, pero en un francés, algo los conmovió.

En su lucha, los antirracistas norteamericanos tienen por otra parte el apoyo —al menos de palabra— del gobierno. Hay en esto un fenómeno de equilibrio que se observa a menudo en Estados Unidos: cuando

el gobierno endurece su política imperialista en el exterior, se muestra más liberal, en lo interno, sobre el asunto, racial. Actualmente la movilización de la opinión pública por la lucha antirracista, estimulada por el gobierno, sirve a Johnson al desviar la atención de lo que hace en Vietnam.

Por esa razón los norteamericanos que asumen directamente posición contra la política de Estados Unidos en Vietnam son muchos menos que aquellos que participan en la lucha antirracista. Forman una pequeña minoría de intelectuales, no todos politizados, pero por lo menos "moralizados" que comprenden el absurdo político y la ignominia de lo que su país realiza en Vietnam. Son totalmente impotentes. Uno de ellos me escribió: "Entonces, si no viene, si corta toda comunicación, es que nos considera condenados". Pienso en efecto que un hombre de izquierda norteamericano que tiene una visión clara de su situación, que se ve aislado en un país en su totalidad condicionado por los mitos del imperialismo y del anticomunismo, creo que ese hombre, al cual rindo homenaje, es un condenado. Desaprueba totalmente la política que se hace en su nombre y su acción es absolutamente ineficaz, en todo caso en el momento inmediato.

Si algún día se produce una transformación de la política norteamericana, sería sin embargo indispensable que provenga del interior.

—Depende. En el dominio racial por supuesto. Ya se ejerce una presión y ha dado resultado. Es obra de los negros, sin duda, pero también de los blancos que comienzan a batirse junto a ellos, y la opinión pública cada vez es más sensible al problema. Se necesitarán quizás veinte o treinta años para que la situación racial se normalice en Estados Unidos. Pero el movimiento no se detendrá porque los negros ya no se dejarán olvidar.

No podemos tampoco aportar ninguna ayuda a los antirracistas norteamericanos. Si alguien llega del exterior para declarar que "el racismo está muy mal", no serviría rigurosamente de nada. La sociedad norteamericana creó sus mitos y sus ideologías, es a partir de esos mitos y de esa ideología —y contra ellos— que deberá formarse un nuevo pensamiento, norteamericano. No será de Europa de donde provendrá.

LOS TRES MESES VENIDERS

El caso de Vietnam es muy diferente. En primer lugar, hay que actuar en un plazo de tiempo reducido. Por lo tanto es impensable, en el

momento actual, que las fuerzas de la izquierda norteamericana logren modificar una política que, una vez más, es el resultado de estructuras muy profundas. La sensibilización de la opinión norteamericana puede provocarse sólo por una crisis aguda: desastre militar, amenaza grave de guerra mundial. La única manera que tenemos para contribuir a esta sensibilización, es declarar una condenación brutal, global de la política norteamericana en Vietnam e intentar provocar ahí donde es posible —es decir en Europa— protestas.

Algunos periódicos dicen que usted condena con más gusto a los norteamericanos que a los soviéticos.

—Si nos remitimos a los hechos, es una mentira evidente. Condené, con Merleau-Ponty, es mi revista "Les Temps Modernes" los campos de trabajo stalinianos, cuando se demostró su existencia. Condené violentamente la intervención soviética en Budapest en una entrevista para "L'Express".

De todas maneras, esta acusación es absurda. No somos predicadores y no se trata de repartir en la misma medida acusaciones y reproches, ni de hacer la misma cantidad de sermones morales al Este y al Oeste. Es necesario saber de que lado se está, sin perder de vista que la apreciación crítica es un deber del intelectual.

Si el gobierno norteamericano, hubiera reconocido el error de los gobiernos precedentes y hubiera retirado del Vietnam sus expertos militares y sus soldados no hubiera sido yo el último en aprobarlo y en pensar que algo comenzaba a cambiar en Estados Unidos. Pero ha sucedido lo contrario: las estructuras económicas y sociales de Estados Unidos hacían suponer lo peor, y, es lo peor lo que se ha dado. En realidad, la intervención norteamericana en Vietnam del Norte debe incluirse en el conjunto de la política externa de los Estados Unidos.

Lo que está en juego no es sólo el Vietnam. Si los norteamericanos fuesen expulsados de Saigón, sin duda tendría repercusiones en todo el tercer mundo e implicaría a corto plazo problemas en América Latina. El fin es mantener por la fuerza la totalidad del sistema de opresión.

He estado en Estados Unidos otras veces. He tenido amigos ahí. Pero no era la misma situación. Estados Unidos salía de una guerra y si bien es cierto que no aprobaba todo lo que allí veía, no era similar a lo actual. Hoy día se trata de un acto de agresión claro, cínico, caracterizado, sin justificación ni siquiera coartada seria. Y además quisiera decir que desde un punto de vista general no hay que considerar a Estados

Unidos el centro del mundo. ¿Es la potencia más grande del mundo? Es cierto. Pero cuidado. Está lejos de ser el centro. Cuando se es europeo se tiene hasta el deber de no considerarlo como el centro, hay que dirigir la mirada, manifestar interés, mostrar su solidaridad con todos los vietnamitas, los cubanos, los africanos, todos los amigos del tercer mundo que aspiran a la existencia y a la libertad y que demuestran todos los días, precisamente, que la potencia más grande del mundo es incapaz de imponer sus leyes, que es la más vulnerable y que el mundo no la ha elegido como centro de gravedad. Estados Unidos evolucionará, sin duda, lentamente, muy lentamente, pero más si se le resiste que si se le endilgan sermones.